

Dinu Garber

1938-2019

*In memoriam*

Quien inicie la lectura de *El puente roto*, uno de los textos más importantes del profesor Dinu Garber, se va a encontrar al inicio con un único epígrafe: “¿Qué son, pues, en última instancia las verdades del hombre? –Son los errores irrefutables del hombre”. El libro que nos invita al diálogo minucioso y detenido con las tres primeras meditaciones cartesianas, nos viene previamente advertido por un rugido nietzscheano: las verdades del hombre son los errores del hombre. Quedamos advertidos y estremecidos. Nietzsche nos anuncia el tono que ronda la obra; un tono íntimo y de profunda reflexión. Pero que acompaña una confesión de Garber con relación al pensamiento moderno: “que presenciamos su agonía y que es necesaria y urgente la búsqueda de otras alternativas”. Ese epígrafe, en realidad, nos revela el encuentro de un alma sólida, forjada en la luz de la filosofía moderna, con los quiebres, las dudas, las aperturas, los cambios que traía consigo la filosofía del siglo XX. Especialmente la filosofía de la segunda mitad del siglo. Así, con el eco de “los errores del hombre”, con la conciencia de la “agonía”, entramos en un diálogo honesto y riguroso con Descartes. Pues cualquiera sea la alternativa a la modernidad, “ninguna podrá prescindir de las enseñanzas del filósofo de La Haye”.

En ese encuentro con la filosofía que toma distancia de la modernidad, Garber mantuvo siempre la medida y el respeto, y una disposición a escuchar, a dialogar, con la paciencia que exige lo que realmente se quiere comprender. Ese fue su ánimo filosófico. Sostenido en el temple “moderno”, tras una vida de rigurosa investigación sobre la filosofía moderna, se dedicó al estudio igualmente riguroso, abierto y comprensivo, en especial sobre Gadamer, Wittgenstein y Merleau-Ponty. Aprendimos, así, quienes por entonces fuimos asiduos discípulos de sus clases, que el hacer filosófico nunca es extraño a la chispa del alma que se asombra y se conmueve. Aprendimos de esa fina capacidad de cuestionarse a sí mismo, para volver con ímpetu, como en un largo diálogo socrático, a plantearse nuevamente las preguntas. Muchas reflexiones sobre la “modernidad en crisis”, solían acompañar sus disertaciones. Crisis que aproximaba al Renacimiento, a la explosión de diversidades, nuevos gustos, donde nada estaba decidido, donde todo era posible, y no había claridad sobre nuestra manera de estar en el mundo. Sus palabras

escondían cierta nostalgia de lo que sentía pasado, pero al mismo tiempo propagaban un optimismo que esperaba por el nuevo ajuste, el nuevo “esquema civilizatorio”, como solía llamarlo. Con entusiasmo hablaba del mundo que asomaba sus nuevos horizontes.

Así eran sus clases, diálogos entre la vieja certeza racional y las verdades del hombre situado que comprendía el mundo con su percepción y su cuerpo. Sus clases llegaban escritas y perfectamente pensadas al aula. Resultado de una larga cavilación que colmaba cada línea. En ocasiones nos advertía: “salgan corriendo si no me ven llegar con mi clase escrita”. Sin embargo, eso no comprometía las ideas con alguna reflexión inamovible, pues sus clases se contaminaban de nosotros, sus alumnos angustiados, que en su compañía cruzábamos aquel umbral hacia otros tiempos. Desde los inicios del siglo XXI, sus clases fueron siempre sobre los nuevos temas. Sentado en la silla del escritorio, con su voz grave y profunda, disertaba sobre Moore, la certeza wittgensteniana o la *Bildung* que nos traía Gadamer de nuevo. Con mucha belleza y detenimiento –lo recuerdo perfectamente– disertaba sobre el árbol que mira al pintor que lo pinta, de Merleau-Ponty, mientras hacía posible que esa experiencia se hiciese inolvidable para nosotros. Como si hubiésemos sido el árbol o el pintor. El Garber que escribía con tanto rigor sobre Descartes, era el mismo que leía, con gusto y asombro, *La fenomenología de la percepción*. Esa apertura hacia lo otro que irrumpe contra lo ya sabido, es de pocos, y de espíritus finos.

Siempre sentí que esa era la disposición contraria a la de los encadenados del mito de la caverna. Amenazados por el liberado que pone en duda lo que ellos creen que saben, amenazados por lo que significa abandonar la comodidad de lo sabido, proyectan su miedo sobre el que viene con buenas nuevas. Y lo rechazan. Garber se retiró a la lectura y el estudio de esos filósofos que iniciaron una aproximación distinta a la modernidad, como el filósofo en búsqueda, y regresó a las aulas con un discurso abierto a lo que asumía novedoso, y a un mundo distinto que vislumbraba otros caminos.

Esa voz grave que retumbaba en nuestros salones de clase llevaba consigo, discreto, un levísimo acento que revelaba, como un guiño, un origen distante. Dinu Garber nació en Rumania, el 26 de octubre de 1938, pero su corazón y su lugar, como nos lo hizo saber siempre, eran de Venezuela. De pocas cosas hablaba con tanto entusiasmo como de Caracas, y de la Universidad Simón Bolívar. Se enorgullecía de su Departamento de Filosofía, al que se refería como una conquista sin precedentes en el país y en países vecinos, mientras presumía de los bellos bambúes

que sembró en los tiempos en que nacía la universidad. Nos acompañó en las aulas a lo largo de los temibles años que llevaron, finalmente, al desplome del país. Y desde allí siempre mantuvo firme su palabra: en momentos en que se nos requería en otras actividades contra la barbarie, nos recordaba que nuestra labor, en medio de la vorágine, era hacer lo que teníamos que hacer, de la mejor manera posible. Pues desde ese lugar de reflexión y trabajo nos exigía el país. No hay día que no lo recuerde y que no lo sienta como un lugar interior de resguardo. Especialmente ahora, cuando la oscuridad confabula sin ninguna clemencia contra la nobleza de la universidad. Pero el trabajo que maestros como Garber llevaron adelante, con paciencia y estudio minucioso, ha hecho posible que aún sigamos en pie, con la solidez que solo el alma formada puede brindar.

Su carácter era fuerte, severo y exigente. No permitía que nuestras ideas se diluyeran en imprecisiones o medias tintas. Confiaba en que éramos capaces de hacer filosofía, con nuestras propias cabezas, pero confiaba aun más en las largas e implacables horas que debíamos dedicar al estudio. Alguna vez tuve la osadía –no lo olvidaré nunca– de asomarle una impertinencia que aludía a tener poco tiempo. Y recibí una respuesta breve y contundente: “duerma menos”. Por supuesto, nunca más me faltó tiempo. Y no he dejado de repetirlo a lo largo de los años. Sin ninguna duda, fue muy exigente con sus estudiantes, pero también con sus clases y sus propios textos. Trabajos muy minuciosos, de mucha investigación, no vieron la luz de la publicación por ese perfeccionismo tan riguroso que lo caracterizaba. Tal ha sido el caso, por ejemplo, de su importante comentario a la *Monadología*. En el año 2004, tras solicitarme que escribiese la reseña de *El puente roto*, para la revista que entonces dirigía Atanasio Alegre, *Conciencia Activa 21*, me dijo con total honestidad: “fue exageradamente condescendiente conmigo. Yo no lo habría sido”.

Esa misma rigurosidad, sin embargo, era proporcional a su empeño por enseñarnos lo que él llamaba el “oficio” de la filosofía. Y algunos afortunados, sin duda, tuvimos la oportunidad de aprenderlo a su lado. Tal vez en este ámbito de la enseñanza, donde destacaba el saber por el saber, sin mayores compromisos institucionales, amparados por la vieja *philia*, el profesor Garber fue especialmente generoso y comprensivo con las almas que transitábamos por la formación. En la serenidad de su estudio, en el resguardo de su casa, con un tono de hogar que siempre hizo presente, nos dedicaba su tiempo laborioso de reflexión. Desmenuzando pacientemente ideas, textos complejos, persiguiendo palabras, rebuscando en su estirpe, atendiendo a nuestras

reflexiones, encarnaba al filósofo en el remolino de su trabajo, al maestro en su taller, mientras nos hacía olvidar todo lo que no fuese filosofía. Nada en el mundo es más valioso que el tiempo que el otro nos brinda; es una parte de su vida la que nos ofrece, de esta vida frágil en la que tratamos de hacer el bien. Fue mucho el tiempo de trabajo, de reflexiones y búsquedas que hoy han hecho de nosotros almas fuertes; mucho el tiempo de asombro ante los argumentos y de sudar cada palabra para, finalmente, aprender el “oficio”. Y tras haber tenido esa escuela, esa experiencia tan privilegiada, hoy nos toca a nosotros dedicarnos con la misma generosidad a enseñar lo aprendido. Tal vez sea la única manera de agradecer en sentidos profundos todo lo recibido.

El 25 de marzo de este año que aún nos sufre, amanecemos con la noticia del fallecimiento del profesor Garber. El mes de marzo ha sido, para Venezuela, acaso uno de los meses más terribles e inexplicables de su historia, y también de la vida: vivimos el colapso del país, la caída del sistema eléctrico nacional, la materialización de las fuerzas oscuras, ante las que nuestra condición de mortales se devela especialmente vulnerable. El 25 de marzo ocurrió el segundo gran apagón, sobrevino una segunda derrota contra la luz y, con ella, la partida de Dinu Garber. La Parca se vistió del silencio que trae consigo la oscuridad profunda, se presentó en la ceremonia que siempre implica lo callado, y dio paso a la despedida. Cloto cortó el hilo de la vida y también el de nuestra luz. Con cuanto significado habló el mundo, que aprendió en el aura griega a unir luz y conocimiento.

La muerte es siempre, ineludiblemente, una experiencia compleja y asombrosa para los que aún quedamos en la vida. Muchas reflexiones sobre la muerte ocupan espacios importantes de la filosofía, reflexiones divergentes, contradictorias, en inevitable desacuerdo. Pero todas recurren a nosotros, desde los fondos de la memoria, cuando una voz filosófica cruza el río que lleva al Hades. Nos toca escuchar con atención la voz más fuerte, la versión más lúcida o, acaso, la que aún se resguarde con alguna belleza. Así, es inevitable recordar a Sócrates, aquellas cavilaciones finales que nos invitan a pensar que, tal vez, la muerte sea como una de esas largas noches, en las que no vemos nada en los sueños. “Si, en efecto, la muerte es algo así, digo que es una ganancia, pues la totalidad del tiempo no resulta ser más que una sola noche”. O, tal vez, sea una llegada al Hades donde se pueda seguir dialogando con poetas y héroes en busca de lo verdadero. “Dialogar allí con ellos, estar en su compañía y examinarlos sería el colmo de la felicidad”. Y si Sócrates

habló con Palamedes, Homero o Museo, nada nos impide imaginar conversaciones maravillosas con Descartes, Leibniz o Gadamer. La belleza de esas escenas tiene el poder de vencer la muerte.

Pero si la memoria es una dimensión del ser en el mundo, el texto, la palabra dicha, la lección y el oficio aprendidos son, como dice Proust, “la memoria fuera de nosotros”, incluso su mejor parte. Y sus discípulos, estudiantes o lectores, el resguardo que ampara su recuerdo en el mundo. En nuestras clases, en nuestros propios textos y reflexiones, en el silencio de la cavilación, se hace presente, sigilosa, la palabra profunda del profesor Garber. A través del misterio creativo de la memoria, ese saber que hicimos nuestro, sigue haciéndose vida. Sus libros y sus clases han sido, como decía Platón, letra fértil, capaz de dar origen a otros textos, a otros discursos, incluso en otros caracteres. Y a ese pasaje del *Fedro*, Garber era especialmente sensible. Recordarlo a través de su propia obra, tal vez sea el más hermoso tributo que podamos rendirle.

Lorena Rojas Parma